

Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas, y al acaso
Arrastra tu luz pura,
Cesa el brillante giro,
Cesa, y no tu hermosura
Así infamarse quiera;
Y tú, nube cruel, huye ligera.
Te hundiste ya, y perdida
Entre su horror el orbe se oscurece,
Y el luto infanso y la tiniebla crece;
¡Ah beldad desgraciada!
También fugaz mi vida
Brilló, y fué sombra y nada;
Tú, empero, á rayar tornas,
Y de luz nueva el universo adornas.

ODA XXVI.

Á MI MUSA.

Consuelos de un inocente encerrado en una estrecha prisión.

Hasta en los grillos venturoso siento
Tu grata inspiración; el pecho mío,
Mi triste pensamiento
Te reconocen ya, y entre el medroso
Són de los hierros y el clamor lloroso
De miserable tanto, al hado impío,
Que mi inocencia oprime,
Contrasta el alma y mi prisión redime.
Tú, musa, favorable darme sabes
Consuelos y vigor, con tu armonía
Los tormentos más graves,
Cual brilla el sol tras horrívido nublado
Ledo amainando el piélago agitado,
Se truecan en pacífica alegría,
Y de mi encierro oscuro
Discurro libre por el aire puro.

Libre discurro y libre me imagino,
Libre soy, libre soy, pues cuando atada
A arbitrio del destino,
De mi ser gime la porción grosera,
Con rando vuelo por la inmensa esfera
Huyéndose fugaz la mente alada,
Hasta el empíreo cielo
Osa encumbrarse en un dichoso anhelo;
Do del bien sumo en la perenne fuente
Sacio la hidalga sed, y en un tesoro
De consuelos se siente
La razón abismar. ¡Ah! gloriosa
La verdad ríe en su nudex hermosa,
La oficiosa piedad enguja el lloro
Del mísero oprimido,
Y humanidad abraza al desvalido.
Uno mismo el lugar, igual la suerte
Del siervo vil y el sátrapa orgulloso,
Y en la llorosa muerte
El olvido final; en el de hermanos
Vuelcos del mundo ya los nombres vanos,
Y más claro ¡oh virtud! que el poderoso,
El que osó en la baja
Siempre adorar tu virginal pureza.

O bien de eterna paz en claro asiento,
Serie de héroes mirando peregrina,
No aquellos que sangriento
Marte corona, y cuyo imperio aciago
Fué azote á la equidad, del mundo estrago;
Genios de maldición, su luz divina
Hierde el alma y la inflama,
Su nombre adora, y semideos los llama.

¡Ah!, en sacro laurel la sien ceñida,
Brillan los que á su patria, en amor santo,
Prodigaron la vida;
Los que las artes útiles hallaron,
Al hombre rudo en sociedad juntaron,
O de Apolo al laud, con dulce canto,
Religioso le hicieron,
Y alivio grato á sus fatigas dieron.

Radiantes ora, y nímeneos divinos,
De las playas de luz que faustos moran,
Mirando los destinos
Del ser humano, y con clementes ojos
Condoliendo sus lástimas y enojos;

Mientras mil tristes su favor imploran,
Por norte los eligen,
Y á su norma feliz sus pasos rigen.
Y allí también resplandeciente y pura
Alzan su frente á par los que en la tierra
El cáliz de amargura
Bebieron en la afrenta y las prisiones,
Ora en paz del encono y los baldones,
Con que el mundo les hizo cruda guerra,
Cuando viviendo un día
Con su ciencia y virtud se engrandecía.

Sublimes genios, almas venturosas,
Salud, gloria inmortal del nombre humano,
Que en ansias generosas
Del común bien vuestra delicia hicistes,
Y astros de luz para la tierra fuistes.
¡Quién en sí vuestro esfuerzo soberano
No siente cuando os mira!
Y ¡quién por emularos no suspira
Con frente y pecho igual, si el vulgo necio
Su honor mancilla ó su virtud abate!
Generoso desprecio,

Que al justo estima su altivez liviana.
¡Qué no sufristeis vos de su ira insana,
Héroes sin par, en criminal combate,
Acosados, proscritos,
Y viendo ¡oh horror! en triunfo los delitos!
¡Serán algo mis penas con los rudos
Trabajos vuestros! Con agudo diente
Y alaridos sañudos

La atroz calumnia os atacó viviendo,
Entre los grillos y su ronco estruendo
Pobreza amarga os affigió inclemente,
Y delito á la lengua,
Y fué á la patria vuestro nombre mengna.

Aun de los brazos la amistad benignos
Os arrojó cruel; visteis volveros
Cien amigos indignos
La espalda con desden, sorda la oreja
Y helado el pecho á vuestra amarga queja,
Con bárbara impiedad desconoceros,
Y aun al vulgo adunarse,
Y en la vil delación torpes gloriarse.

Firmes, empero, cual la añosa encina
Inmóvil al soplo de aquilon violento,
O roca al mar vecina,
Que olas ve inmensas á sus piés romperse
Y en tumbos de alba espuma deshacerse,
Os contempló el gran Ser de su alto asiento,
Impávido el semblante,
Y el pecho, á la desgracia, de diamante.

Y de su seno celestial lanzando
Un rayo de dulcísimo consuelo,
Contra el inicuo bando
Sosinvo vuestro esfuerzo generoso,
Dejándoos ver el galardón dichoso
Que allá os guardaba en el excelso cielo,
Do la virtud segura
Ríe á los silbos de la envidia impura.

Lígur insigne que al antiguo mundo,
Inmensos mares sojuzgando osado
Con tu genio profundo,
Otro mundo añadiste y otros hombres
De extrañas leyes, peregrinos nombres;
Tú volviste, cual siervo, encadenado,
Emúlos te oprimieron,
Y al sepulcro los grillos te siguieron (1).

Tú de alta trompa y tajadora espada
Los arrastraste ¡oh Cármoens! (2). Tú, festivo

(1) El inmortal Cristóbal Colon fué enviado á España por el infante Bobadilla, cargado de prisiones, desde el Nuevo-Mundo, que acababa de descubrir. Los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, justos apreciadores de sus grandes servicios, cuidaron mucho de reparar este atentado, colmandole de honores. Pero el Almirante, indignado altamente del ultraje, conservó siempre sus honrosos grillos, se mandó enterrar con ellos, y quiso que le acompañasen hasta el sepulcro. (Nota de MELENDEZ.)

(2) Luis de Cármoens, autor de las *Lusiadas*, epopeya con que se honra la nación portuguesa, estuvo injustamente preso en la India, donde le llevó su valor, por celos y envidias de sus compatriotas. Dicen que en un naufragio salvó su poema en una mano, nadando con la otra: murió después, indigente, en un hospital de Lisboa, y

Quevedo, en olvidada
Y horrida cárcel, como yo, penaste,
Do tú ¡oh baldón! tus llagas te curaste (1).
Y tú, aliviando el padecer esquivo,
Leon, la lira de oro
Bañabas, en tu encierro, en largo lloro (2).

A él debieron tu fábula sublime
Las Musas ¡gran Cervantes! ¡El destino
Que inocente te oprime,
Pudo inspirarte tan alegres sales?
Bienhechor de los hombres, de tus males
Corrió de gracias el raudal divino,
Que á todos entretiene;

En el mundo tu ejemplo igual no tiene (3).
Y otros, y otros sin fin, que hoy en honrosa
Celebidad volais de gente en gente.
¡Raza de héroes gloriosa!
La verdad nos mostró con su luz clara
De vuestras vidas la inocencia rara;
La tierra os da tributo reverente,
Mansion el alto cielo,

Y aquí sois mi esperanza y mi consuelo.
Musa, no ceses, y en mi mente fija
Ta doctrina inmortal; de la memoria,
Tú, que eres feliz hija,
Grata me cuenta las flustres penas
De cuantos el oprobio y las cadenas,
Justa, en sus fastos consagró la historia,
Suba yo con su ejemplo,
Por la paciencia, de virtud al templo.

ODA XXVII.

EN LA DESGRACIADA MUERTE DEL CORONEL DON JOSÉ CADALSO, MI MAESTRO Y TIERNO AMIGO, QUE ACABÓ DE UN GOLPE DE GRANADA EN EL SITIO DE GIBRALTAR.

¡Silencio angusto, bosques pavorosos,
Profundos valles, soledad sombría,
Altas desnudas rocas,
Que sólo precipicios horrorosos
Mostrais á mi azorada fantasía!
Tú, que mis ojos á llorar provocas,
Y al hondo abismo tocas,

Rodando, oh fuente, de la excelsa cumbre;
Marchitos troncos, que la edad primera
Visteis del tiempo, y á la dulce lumbre,
Con frente altiva y fiera,
De la alba luna, que esclarece el mundo,
Cerrais la entrada en mi dolor profundo;

¡Vuestra más triste y fúnebre morada
Dó está, y el laberinto más umbrío,
Do mi melancolía,
Del silencio y el duelo acompañada,
Se pierda libre? El sentimiento mío
Huye la luz del enojoso día
Y el canto y la alegría,
Cual ave de la noche el sol dorado.
Sólo este valle lóbrego y medroso,
De riscos y altos árboles cercado,
Que en eco lastimoso

hoy es la gloria del Parnaso y las musas lusitanas. (Nota de MELENDEZ.)

(1) En la del convento de San Marcos de Leon, como caballero del orden militar de Santiago. Allí sufrió Quevedo, víctima de la crueldad y la calumnia, una prisión de muchos años, llegando en ella á tal extremo de miseria, que pedía de limosna una camisa, y tuvo que curarse por sí mismo, y canterizarse, mas llagas, nacidas de la excesiva humedad del encierro en que estaba sepultado. (Nota de MELENDEZ.)

(2) El célebre poeta fray Luis de Leon, encerrado por más de cinco años en la cárcel de la Inquisición de Valladolid, donde padeció (como él se explica) indecibles trabajos; compuso en ella muchas de sus obras y poesías, y salió al cabo, declarado por inocente y vuelto á sus honores. (Nota de MELENDEZ.)

(3) Todos saben que nuestro insigne *Don Quijote* se concibió y compuso en una cárcel de la Mancha; donde estuvo preso su pobre y desgraciado autor, que, perseguido siempre de la adversa fortuna, y mal juzgado de sus contemporáneos, murió en Madrid, tan indigente y oscuro como hoy es celebrado. Es cosa inconcebible que la obra más entretenedora y alegre, toda sales y gracias, se pudiese escribir entre las penalidades y el horror de una cárcel, y por un ingenuo tan lastimoso. (Nota de MELENDEZ.)

El nombre infausto de mi amigo suena,
Mi pecho adula y su dolor serena.
Aquí algún tiempo en pláticas sabrosas
De Sirio el fuego asolador burlamos;
Aquí á su lira de oro,
Y en sus alas alzándole fogosas
La inspiración, sus hijos le escuchamos
De los luceros el brillante coro
Con su cantar sonoro
Cual un dios suspender; y aquí elevaba
Mi tierno número á la inmensa alteza
De su inefable Autor, ó me enseñaba
A domar la aspeceza

De la virtud con esforzado aliento....
¡Cuánto, ¡aymél! cuánto estas memorias siento!
Ya todo feneció; la mano dura
De la muerte cruel, aquella mano
Que de sangre sedienta
Postra el poder, la fuerza, la hermosura,
Cual débil henó el áspero solano,
Sólo en duelos y lágrimas contenta,
Le arrebató violenta

A su negra mansion, y allí cerrado
Con llave de diamante, la espantosa
Eternidad le guarda aprisionado
En noche tenebrosa.
Para él los seres todos fenecieron,
Y fugaz sombra ante sus ojos fueron.
¡Terrible eternidad! ¡vasto océano,
Donde todo se pierde! ¡qué es la vida,
Contigo comparada!

¡Dó no alcanzó tu asoladora mano!
Naturaleza ante tus piés rendida
Al abismo insondable de la nada
Desciende despeñada
Por tu inmenso poder, del sol divino
Apagada la luz, y ese sinueto
De astros, al cielo adorno peregrino,
Ciegos en un momento.

¡Y aun llega al hombre, al polvo deleznable
Tu ansia de aniquilar jamás saciable!
¡Pudo el amable, el plácido Dalmiro
Tus iras encender! El virtuoso,
El bueno ¡en qué ofendía,
Para ser blanco al ominoso tiro?
¡Oh mi Dalmiro! ¡oh nombre doloroso,
Cuanto un tiempo de gloria al alma mía!
¡Deten la acción impía,
Oh muerte, oh cruda muerte!.... El golpe parte,
Retiembla el suelo al horrívido estampido,
Y nada en tu furor basta á apiadarte.

¡Ay! yo le veo tendido,
Fiero, espantable en la abrasada arena,
Y un grito de dolor el campo atruena.
¡Imagen cara! ¡idolatrado amigo!
¡Dalmiro, mi Dalmiro! ¡sombra fría!
Aguarda, espera, tente,
Tu cuerpo abrazaré, le daré abrigo,
Te prestaré mi aliento, el alma mía,
Dividida en los dos, tu seno aliente....
¡Imaginar demente!

¡Vana ilusión!.... mis ruegos, mis clamores
Ni al cielo ablandan, ni Dalmiro escucha,
Que en el trance final con los rigores
De la atroz muerte lucha.
Y á mí, tornando el rostro desmayado,
Ansia á llamarme, y siente el labio helado.

No, jamás esa imagen desastrada
Mi mente olvidará, ni el lastimoso
Espectáculo horrendo
De herirme acabará. La quebrantada
Frente y trémulos ojos, el hondo
Río de hervidora sangre el lago hinchendo
Viendo estoy, el estruendo
Oigo del bronce atroz, y ¡ay! del herido
Tronco la gran ruina y convulsiones
Con que en tierra se vuelve sin sentido,
Los ayes, las razones
No pronunciadas, y el tender la mano,
Favor á todos demandando en vano.

¡Miseró! Contra el golpe irresistible
Del infernal obús ¡tus peregrinas

Virtudes qué valieron?
El alto pecho, el ánimo invencible,
El profundo consejo, y las divinas
Luces, que aplausos tantos le trajeron;
Las sales que corrieron
De su labio feliz, la voz sagrada,
Organo de las Musas, con su muerte
Hoy llorosas y mudas, nada, nada
¡Desapiadada suerte!
A salvarle alcanzo, de tanta gloria
Durando sólo la infeliz memoria;
Durando sólo para infando duelo,
Y objeto triste de dolor y espanto.
Extranjero en la tierra
Yo al gozo y á la paz, culpando al cielo,
Siempre en suspiros y bañado en llanto,
Ya si la lumbre matinal destierra
Y el negro ocaso encierra
A la azarosa noche, ya si el día
Torna á apagar su rayo postrimero,
Y se hunde el mundo en la tiniebla fría,
Imágen del primero
Desierto caos, do vagó perdido
En hondo sueño y sempiterno olvido.
Y nunca, nunca mi doliente queja
Término alcanzará; ni el malogrado,
Porque le llame tierno,
Grato cual ántes prestará su oreja,
Mis lágrimas verá ni mi cuidado.
Tinieblas, soledad, silencio eterno,
Y un insondable averno
Nos separaron ya; muy más distantes,
Sin cuento más que el que felice mora
Las playas de la aurora rutilantes,
Y el que aterido hora,
Del polo, ansiando, entre la inmensa nieve,
Del sol un rayo, aunque apocado y breve.
¡Oh fatal Calpe! ¡Oh rocas, que rizadas
Subís al cielo la sañosa frente,
Gratas tanto al abrigo
De la altiva Albión, cuanto infamadas
Por ominosas á la hispana gente!
Desde la edad del infeliz Rodrigo,
Siempre halló el enemigo
En vosotras favor, gozando abierto
Sus fuertes naos y cargadas flotas
¡Oh vil traición! ¡vuestro seguro puerto.
Siempre sus haces rotas,
Mi patria, en luto envuelta, vió perdida
A vuestros piés su juventud florida.
Y ora á los canos padres ¡qué desvelos
Y honoroso afán! ¡qué lágrimas no oprimen
Las madres castellanas!
¡Cuál abismadas en amargos duelos
Por sus amados las doncellas gimen!
Llegando á las provincias más lejanas
Las nuevas inhumanas
De cuantos siega en vos la muerte impla.
Guardad, guardad, guerreros; no fiados
Corraís, en vuestra impávida osadía,
A escalar, malhadados,
Tanto y tanto cañon, que hórrido atruena,
O á España dejaréis de lutos llena..... (1).

ODA XXVIII.

AFECTOS Y DESEOS DE UN ESPAÑOL AL VOLVER
Á SU PATRIA.

Benigno, en fin, el cielo
Mis suspiros oyó; raya fulgente
El día que mi anhelo
Ansió tan impaciente,
Que en ruegos tantos le imploré ferviente.
Los huracanes fieros

(1) Una enfermedad del autor le estorbó continuar, sin que despues le fuese posible ni volver á tomar la serie de imágenes y pensamientos en que hervía su imaginación, ni ponerse en el grado de sentimiento y de calor en que se hallaba al empezar su oda, que ahora se publica tal como quedó entonces, en memoria y justo tributo de la amistad y la ternura que unieron á MELENDEZ con su desgraciado amigo

Y las hórridas nubes que amagaron
Inmensos aguaceros,
Al rayo se ahuyentaron
De un claro sol, y el éter despejaron.
La discordia ominosa
Ya en su cólera odiosa
Sus teas apagó, y ahogóse el fuego.
Soplaba el error ciego,
Y el esplendor, el júbilo, el sosiego
Te robó, patria mia,
¡Oh dulce patria! cuyo nombre santo
Confunde hoy mi alegría
Con el plácido llanto
En que me anego, si tus dichas canto.
Ya en perenne bonanza
Tus días correrán; podrás segura
Reír á la esperanza,
Y á tu angusta hermosura
Y á tu gloria volver y tu ventura.
Abriste, madre tierna,
Tu seno al fin á tus dolientes hijos,
Que en orfandad eterna,
Tras males tan prolijos,
Penaban, siempre en tí sus ojos fijos.
Lo abriste, y obedientes,
Finos, leales á lanzarse vuelan
En tus brazos elementes,
Tu fausto amor anhelan,
Y en alcanzarlo ahincados se desvelan.
Todos en uno unidos,
Todos en santa paz, todos hermanos,
Léjos ya los partidos,
Léjos los hombres vanos,
Que enconos atizaron tan insanos.
Así, españoles todos
(Lo fuimos siempre en el amor, lo fuimos,
Bien que en diversos modos),
Allí do á España vimos,
Allí á salvarla creámos corrimos.
Sobre tus aras santas
Serlo sin fin juremos, y postrados
De nuevo ante tus plantas,
Más y más inflamados,
Vínculos estrechemos tan sagrados.
Tal ¡oh patria! lo juro
Con inviolable fe, si el noble celo
De un español oscuro
A él puede de consuelo,
Y acepto ser en su verdad al cielo.
Españoles, jurado;
Jurado todos á la par; contino,
Contino renovado,
Uno el sér y el destino,
Y el nombre nuestro, y su blason divino.
Deja, oh patria querida,
Este grito á mi amor; da á mi ternura
Que anhele, embebecida,
Que en gloria y en ventura
Por siempre brilles con la luz más pura.
Léjos de tí la llama
De mi fe se avivó, cual se renueva
Más y más en quien ama,
Y el hado ausente lleva
La hoguera dulce en que sus ansias prueba.
¡Oh cuánta vez iluso,
Con presto vuelo de este amor llevada,
En la cumbre me puso
Del Pirene elevada,
Mi fogosa ambición en tí embriagada!
Gozosa allí en mirarte
Y en llamarme hijo tuyo, me fingía
Tiernamente abrazarte,
Y en mi dulce agonía,
Tu nombre apenas pronunciar podía.
Pero ¡ay! ¡qué de dolores
Me has causado á la par! ¡cuánto he gemido
Viendo entre mil horrores
Tu suelo destruido,
Tu yermo suelo en soledad sumido.
¡Del extranjero odioso
Hollada tu beldad, la vil pobreza
Con su vuelo ominoso

Nublando tu belleza,
Tú derrocada en tu heredada alteza!
Tus voces escuchaba;
Tu hondo gemir y dolorido llanto
Mi seno desgarraba,
Y aún ahora con espanto
Oigo el eco sonar de tu quebranto.
Aun ahora el rayo angusto
De tu luz tibio y pálido lo veo,
Y tu inmenso disgusto
Sobre tu frente leo,
Tu manto ajado y tu divino arreo.
Y ¡oh madre! el pecho mio
(Bien, bien mi amor llamártelo merece)
Con tu dolor impio
Miserio desfallece,
Y el llanto mis mejillas humedece.
Españoles, hermanos,
Sús; á acorrerla rápidos volemos;
Sus trances inhumanos
Solicitos calmemos,
Y á sustentarla en su penar volemos.
En uno en sus amores
Con el jóven real, que al cetro de oro
Tornó de sus mayores
Riquísimo tesoro,
Si ántes asunto de perenne lloro.
Vuelva la agricultura
Sus campos á animar; torne el ganado
A holgarse en la verdura
Del ya seguro prado,
Y su hogar sea al labrador sagrado.
La industria destruida
De esta guerra letal al soplo ardiente,
Descollando florida,
El comercio alimento,
Y alce el saber su desmayada frente.
Nuevos cultos reciba
La olvidada justicia; de las canas
La majestad reviva,
Reinando soberanas
Por su pudor las fémbras castellanas.
Reparados los tiempos,
Ferviente al cielo la piedad se eleve;
Mil sublimes ejemplos
La moral nos renueve,
Y el patriotismo á la virtud nos lleve.
No haya, oh españoles, nada,
Nada que olvide nuestro ardiente celo;
Que á todos va fiada
La empresa por el cielo,
Y España gime en ominoso duelo.
Será nuestra memoria
Con alto nombre entre las gentes clara,
Y oficiosa la gloria,
Ya de belleza rara
Su inmortal lauro á nuestra sien prepara.
Las huellas, pues, sigamos
De nuestros padres, do sin fin verémos,
Porque dignos vivamos
Del nombre que tenemos,
Los nobles hechos que emular debemos.—
Tras su largo camino,
El patrio suelo hollando, así decia
Miserio un peregrino,
Y el júbilo en que hervia,
Para seguir, su lengua enmudecía.

ODA XXIX.

A MI PATRIA, EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

¡Cuándo el cielo piadoso
Te dará fausta paz, ¡oh patria mia!
Y roto el cetro odioso
De la discordia impia,
Reirá en tu angusto seno la alegría?
Tus hijos despiadados
Alzaron en tu mal por destrozarte;
¡Cuándo en uno acordados,
Correrán á abrazarte,

II, Ps.-XVIII,

Y en tu acerbo dolor á confortarte?
¡Miseria! ¡dó los ojos
Vuelvas, sin ver allí tu inmenso duelo?
Estériles abrojos
Cubren el yermo suelo,
Que ántes de espigas de oro pobló el cielo.
La llama asoladora,
Igualando el palacio y la cabaña,
Tus entrañas devora,
Y en su implacable saña,
En lloro y sangre tus provincias baña.
¡Y tú el delirio alientas
Contra tí de tus gentes, y en su seno
Los odios alimentas,
Y del mortal veneno
Tú propia el cáliz les presentas lleno?
¿Dó vas ó qué pretendes?
¿Qué furor te arrebató? ¡cuánta hoguera
¡Ay! en tu estrago enciendes!
¡Ay! cuál la atroz Megera
Te aguija, impía, en tu infeliz carrera!
¡Y con gesto espantable,
De su crin las culebras desprendiendo,
Con su diestra implacable
Sobre tí, en són horrendo,
Está sus alas fúnebres batiendo!
Sus alas, que concitan
A mil y miles en delirio insano,
Y pavorosos gritan:
«Hiera el hierro inhumano,
El hacha tale de la cumbre al llano;
» No haya paz ni acomodo,
El fatal bronce sin descanso truene,
Y asolándolo todo,
Con sus destrozos llene
El hondo abismo, que bramando suena.....»
Caiga, patria querida,
Caiga tanto furor; cobre el arado
El hierro que homicida
La cólera ha afilado,
Y va en tu noble sangre mancillado;
Hermanos nos herimos,
Y vinda, impíos, nuestra madre hacemos;
Bajo un cielo vivimos
Y unas aguas bebemos,
Y á emponzoñarlas, bárbaros, corremos.
Ángeles, que de España
Fieles guardais la inmarcesible gloria,
Ahogad tan fiera saña,
Robad á la memoria
De horrores tantos la llorosa historia,
No dure ni en la pluma
Ni en el labio tan bárbara ruína,
Jamás finible suma
De estragos, do mezquina
La patria á hundirse rápida camina.
¡Ay! ¡qué playa ni gente
De lucha tal ignora los furrores,
Y el delirio inclemente,
Y los ciegos rencores
Con que, ilusos, doblamos sus errores!
Bastante á nuestros nietos
De lágrimas y amargos funerales,
Espantables objetos,
Memorias inmortales
Dejamos ya de nuestros largos males,
Hasta allá do entre el hielo
El rudo escita desterrado mora,
Se oyen con grave duelo,
Y el reino de la aurora
La gran caída congojado llora;
Y todos, del divino
Indomable valor que nos inflama
Pasmados, el destino
Maldicen, y la trama
Que atizar pudo tan infanda llama,
Ella en la tumba ha hundido
Una generacion; tanta grandeza
Cual sombra ha fenecido;
La española riqueza
Cebó fué del soldado á la fiereza,
Nada, nada quedará

Del antiguo esplendor.... ¡Y aún ciega gritas!
 ¡Y el puñal se prepara!
 ¡Y las teas agitas!
 ¡Y á estragos nuevos el rencor concitas!
 ¡Infeliz! ¡En qué horrendo
 Abismo gemirás precipitada
 Con funeral estruendo!
 Despues yerma, menguada,
 Tu error maldecirás desengañada.
 Demandarás tus hijos,
 Y ¡ay! «Pecieron, sonará en respuesta,
 Los ojos en tí hijos,
 En su ausencia funesta.»
 ¡Cuánto ¡ay! tu engaño de virtud te cuesta!
 ¡Oh! luzca el fausto día,
 ¡Oh! luzca, al fin, en que la paz gloriosa
 Te abraza, oh patria mia;
 En calma deliciosa
 Torne el cielo tu cólera ominosa;
 Y en tu amor inflamados,
 Cual hijos á tus plantas nos postremos;
 De errores olvidados,
 Hermanos nos amemos,
 Y en tu seno felices descensem.

ODA XXX.

Á MI MUSA.

No en tan curioso anhelo,
 Más, musa mia, derramada vuelas
 Por el inmenso cielo,
 Ni el abismo del Sér sondar anheles;
 Del gran Sér, que en su mano
 Sustenta el universo; tú has corrido
 Del átomo liviano
 Al último lucero que encendido
 Cabe su trono brilla,
 Y del vil gusanillo hasta el ardiente
 Serafin, que se humilla,
 Temblando ante su faz omnipotente.
 ¿Qué has visto? Te perdiste
 En tanta inmensidad, y nada, nada,
 Musa, alcanzar pudieras;
 Cuerda, pues, coge el ala despeñada.
 Seguir deja, y adora
 Las leyes que á la máquina infinita
 Puso la protectora
 Deidad que por el éter precipita
 Su giro, y la sostiene
 Con valedora acción. En su hondo seno
 Todo su lugar tiene,
 Y el universo dura, de orden lleno.
 Orden que á par se ostenta
 En el bullir del cefrillo blando
 Que en la hórrida tormenta
 Que brama, el hondo mar al cielo alzando.
 Arder ve á la abrasada
 Canícula, y del mundo el desaliento,
 Y ve en su miés dorada
 A un tiempo del el pródigo sustento.
 Ve al día rutilante,
 Cuanto existe mover; el ave vuela,
 Gira la bestia errante,
 Y en rudo afán el hombre se desvela.
 Pero la pavorosa
 Noche su velo en pos tiende lucido,
 Y ya el suelo reposa,
 Y el vigor cobra con la acción perdido.
 Sabio así lo dispuso
 El grande Ordenador; cuanto ha creado,
 Todo en orden lo puso;
 Nunca ¡oh! nunca el por tí gima alterado.
 Por ley sentó primera
 El bien universal; en él te aplice;
 Ley dulce, lisonjera,
 Que una familia á cuanto existe hace.
 Cuando amorosa un alma
 La inmensidad abarca de los seres,
 Gusta en gloriosa calma
 Del cielo anticipados los placeres.
 ¿Gimes en vida oscura,

En soledad y olvido? ¡Error insano!
 Ve en cada criatura
 Un hijo de tu Autor, goza un hermano.
 Sus arcángeles puros,
 Cercándote, el bien que obras están viendo,
 De los lazos oscuros
 Que el vicio armó tus pasos defendiendo;
 Y aún á su lado un día,
 Sublime sobre el sol, si el orden amas,
 La eterna compañía
 Podrás gozar de cuanto bueno hoy llamas.
 Allí la sed ardiente
 Del bien apagarás que ora te apura,
 Cabe la misma fuente
 Do el raudal brota de eternal ventura.
 Abrete, pues, gozosa
 A un inmenso esperar, cuanto recoges
 Tu ardor en la llorosa
 Tierra; ni combatida te acongojes.
 Si el vil supersticioso
 Te roe atroz con viperino diente,
 De su trono lumbroso
 Dios ve tu pecho, y lo verá inocente.
 Débil, mas fiel siguiendo
 Su dulce ley de amor, tierna le amas,
 Y, por su error gimiendo,
 A tu enemigo mismo hermano llamas;
 Cual de su excelsa altrna
 El gozar hace pródigo, inefable,
 Del sol la llama pura
 A par al inocente y al culpable,
 Y sin número dones
 Al suelo llueven de su larga diestra,
 Eternas bendiciones
 Con que su amor al universo muestra.
 El te ve, musa, y esto
 Baste á tu dulce paz, firme confía;
 Quien en la lid te ha puesto,
 Tu sien de eterno lauro ornará un día.

ODA XXXI.

LA MEDITACION.

Huye, pensamiento mio,
 Huye el afanoso estruendo
 De la ciudad y los hombres,
 Y haz de tí mismo un desierto.
 ¿Qué hallas, dime, en sus caminos,
 Sino zozobras y duelos,
 Y enconos y envidias viles,
 Tras miserios devaneos?
 Al uno la sed del oro
 Engolfa en mares inmensos,
 Y otro tras un nombre vano
 Pierde la quietud y el sueño;
 A aquél la guerra embriaga,
 Y en el estrépito horrendo
 Del mortal cañon y el parche
 Colocó su bien supremo;
 A éste en pos lleva el deleite,
 A otro un ominoso empleo,
 Y al otro el aura voluble
 Del favor le tiene ciego.
 Dejémoslos que deliren,
 Y de sus errores léjos,
 Para nosotros vivamos
 En soledad y sosiego.
 ¿No vale más, estudioso,
 Gozar en libre comercio
 De esa infinidad de seres
 Que en sí encierra el universo?
 ¿Correr con ansia dichosa
 Desde la tierra á los cielos,
 Descender al hondo abismo,
 Volar sobre el raudal viento,
 Y preguntarles á todos
 Qué son, dó vienen, qué fueron,
 Quién, ordenador y grande,
 «Tal, les dijo, es vuestro puesto,
 »Tales leyes os conservan,
 Y con tales encadenan

Ése cincuento de soles,
 Que enciende eficaz mi aliento,
 »Del inmensurable espacio
 Velocísimos corriendo
 Las sendas que les marcara
 Con mi omnipotente dedo?»
 ¿No vale más, alma mia,
 Ofrecer tu humilde incienso
 A un Dios que á un mortal? ¡la gloria
 No vale más que el vil suelo,
 Y exhalar tus hondos ayes
 En el dulcísimo seno
 De tu Hacedor, que, importuna,
 Cansar al poder con ellos?
 Despréndete, pues, del lodo,
 Despréndete, y al Excelso
 Por el éter infinito
 Trepa con alas de fuego.
 Salud, purísimos seres,
 Que, de inefable amor llenos,
 Ante su sagrario el himno
 De loor trinais eterno,
 Entre extáticos ardores
 Y humos de un aroma etéreo,
 Rindiéndole el fendo antiguo,
 Siempre á vuestras arpas nuevo.
 Recibid en vuestros coros,
 Recibid á un compañero,
 Si del polvo la bajeza
 Puede de vosotros serlo.
 ¡Oh quién el fervor me diese,
 Y el santísimo embéleso
 Con que vos servís! ¡quién, limpio
 De mundanales afectos,
 Postrara pudiera su frente
 Bajo el altísimo asiento
 Del gran Sér! ¡quién de su gloria,
 Temblando, besar el velo,
 Y con sus nublados ojos
 Llevar, débil, no pudiendo
 Luz tanta, precipitarse
 Entre ella atónito y ciego,
 Clamándole: «Un vil gusano
 Os adora fiel; mi ruego
 No desdenéis; ved la nada
 Cabe vos, padre, Dios bueno!
 »Vedla, y dad plácido oído
 A mis ayes lastimeros,
 Lanzándome una mirada
 Que avive mi desaliento.
 »Una mirada de aquellas
 En que cual Señor supremo
 Sustentais el bajo mundo,
 Y de gracia henchís los cielos.
 »Y de allá do entre esplendores
 De gloria os gozais cubierto,
 Tended la clemente mano
 Al abismo en que me veo,
 »Y alzadme del amoroso.
 Cual, del gavilan huyendo,
 El ave al callado asilo
 De su nido aguija el vuelo,
 »Así yo ahincado me arrojo
 En vuestro adorable gremio,
 Y en él mis delicias hallo,
 Y en él mi esperanza aliento.
 »¿Me desdenaréis, Dios mio?
 ¿Será que el misero feudo
 De mi gratitud rendida
 Os pueda encontrar severo?
 »Lanzaréis de vuestra casa
 Por vil al humilde siervo,
 Y las lágrimas de un hijo
 Las veréis, Señor, con ceño?
 »No, no, que sois el amigo,
 El protector, el consuelo,
 El padre, el Dios del que gime
 En orfandad y desprecio;
 »Del que acosado del mundo,
 Y blanco á sus tiros puesto,
 Sólo en su amargura vive,
 De un pan de lágrimas lleno.

»Vos le alzais en vuestros brazos,
 Y con solícito empeño
 En sus desmayados ojos
 Enjugais el llanto tierno,
 »Y la calma bonancible
 Tornais á su triste pecho,
 Y en gozo trocáis sus penas,
 Y en paz su desasosiego.
 »Iris, que aplacais benigno
 Con vuestro gracioso aspecto
 Las hórridas tempestades
 Y los vendavales fieros;
 »Apareceis, y en un punto
 Vientos, olas, agnaceros,
 Todo atónito enmudece,
 Todo os adora en silencio.
 »Yo os adoro á par, mis ojos
 Fuentes de lágrimas hechos,
 La lengua os canta y bendice
 Con balbucientes afectos,
 »Que la piedad fervorosa,
 El alma exhalada entre ellos,
 El alma toda, recoge
 Con blando oficioso anhelo;
 »Mientras el corazón, llagado
 De amor y santo respeto,
 Ante Vos, cual grata nube,
 Arde, de fragante incienso;
 »Y asombrado, embebecido
 Por doquiera que me vuelvo,
 Amoroso Padre os hallo,
 Y Dios grande os reverencio;
 »Que doquier de vuestra gloria
 Inagotable el proceso
 Se ostenta, de vuestro brazo
 Se palpa un nuevo portentoso.
 »Esas bóvedas inmensas
 Ese sinfin de luceros
 Que sobre mi frente brillan,
 Siglos y siglos ardiendo,
 »Y pregonando, aunque mudos,
 En el orden estupendo
 Con que misteriosos ruedan,
 La mano que los ha puesto;
 »La tierra, abreviado punto,
 De seres tantos cubierto,
 Que de Vos sólo reciben
 Orden, sér, vida y sustento;
 »Y do en giro invariable,
 Raudo, en comun bien, el tiempo
 Alterna del Can las llamas
 Con los erizados hielos,
 »Sembrando doquier profuso
 Los tesoros, que del seno
 De vuestro amor inefable
 Recoge en alivio nuestro.
 »Ese crecer cuanto vive,
 Y el insondable misterio
 De encerrarse en uno solo
 Millones de seres nuevos.
 »El mar, el mar, que halla dócil
 Obedeciendo el imperio
 De vuestra voz poderosa,
 En cada arenilla un freno,
 »Ora en sus rabiosos tumbos
 Asaltar tiente, soberbio,
 Las estrellas, y los montes
 Bata con ímpetu horrendo;
 »Ora plácido y callado
 Semeje á un inmenso espejo,
 En que los cielos se pintan
 Y arde y se goza el sol bello;
 »Esas pavorosas nubes,
 En que retumbando el trueno
 Y el alado ardiente rayo,
 Me llenan de pánico y miedo;
 »La nieve, el hielo, la lluvia,
 Que, en largos rios corriendo,
 Vuelve á la mar los tesoros
 Que el sol le robó y los vientos;
 »Yo mismo, abreviado mundo,
 Donde, en felice compendio

De vuestro universo, unidas
Las leyes todas encuentro;
»Que, cual la hierba que piso,
Me nutro y me desenvuelvo,
Respiro á par del gusano,
Y como el ángel entiendo;
»Yo, que en mí el fuego divino
De la virtud hervir siento,
Y con vos por ella unirme
Desde mi nada merezco.
»Todo á una voz os proclama,
Todo, por su inmenso Dueño,
Hacedor omnipotente
Y Conservador supremo.
Alienta, espíritu mío,
Alienta, y con noble empeño,
Del Sér por la inmensa escala,
De este Sér llégate al centro.
Llega, llega confiado;
Que ese generoso esfuerzo
Que en tí sientes, no es del lodo
Ni de un instinto grosero.
Tu ambición es más sublime:
El polvo, apegado al suelo,
Jamás, jamás se desprende
De su miserable cieno.
Tú eres inmortal: la llama
De tu alado pensamiento
Arderá siempre, aunque acabe
Ese pábulo terreno.
Do sus brillos se oscurecen,
Como al tajador acero
La vaina guarda, y se esconde
En el pedernal el fuego.
Arderá; y feliz un día,
De los ángeles en medio
Te asentarás, con sus himnos
Mezclando tus ayes tiernos;
Y llamándoles hermanos,
Y el vestido recibiendo
De immaculada blancura,
Con que te ornará el Excelso.
Toma, pues, las prestas alas
Del querubín; como estrecho,
El bajo mundo abandona,
Y trepa cielos y cielos.
Trépalos, y venturoso
Al inexhausto venero
De la verdad pon el labio,
Y bebe, bebe sediento,
Raudal de inmensa dulzura,
Donde jamás satisfecho,
Más ansia, cuanto más goza,
De amor llagado el deseo.
Allí embriagado en delicias,
Verás con desden y tedio
Cuanto hasta aquí tus sentidos
Fascinó y preciabas necio;
Que allí la ilusión fenecce,
Allí el bien es siempre el mismo,
Inmarcesibles las flores
Y perenne el embeleso.
Vuela, pues, vuela afanoso,
Redobla tu heroico anhelo:
La distancia es infinita,
Pero infinito es el premio.
La fe por seguro norte,
Y en el suavísimo incendio
De la caridad más viva
Cual fino amador deshecho,
Por la airada mar del mundo,
Entre huracanes y riesgos,
Condúzcate la esperanza
De eterna ventura al puerto.

ODA XXXII.

LOS CONSUELOS DE LA VIRTUD.

No es sueño, no ilusión: las arpas de oro
Con su armónico trino
Me elevan de los ángeles; divino,

Divino es el concerto;
La esfera se abre al rozagante coro,
Y una fragancia siento,
Con que nada sería
Cuanta goma y copal Arabia cria.
No ceséis, paraninfos celestiales,
Vuestro inefable canto,
Que ledo acalle mi perenne llanto.
Solo, el solo á ser basta
Salud segura en los horribles males
Con que el mundo contrasta
A un misero inocente,
Blanco á sus tiros y furor demente.
No de tal modo la impotente saña
Así apocado flores,
Ni á seco tronco le mandes flores;
Y alza ¡oh ciegos! los ojos
A ese inmenso esplendor que el ciclo baña,
Que allí de tus enojos,
Allí mora el consuelo;
Sombra y nada los júbilos del suelo.
Sombra y nada, que leve un soplo eleva
Del menor vienteillo;
Y otro que sigue, róbalos el brillo,
Y espuma se deshacen.
Mancillalos la edad, y en pos los lleva,
Con el uso desplacen,
Y el hastío sus rosas
Torna al cabo en espinas dolorosas.
Espera, pues, en tu bondad seguro;
Que al fin pura y triunfante
Saldrá, y hermosa como el sol radiante.
Tu Hacedor soberano,
Que justo sonda el laberinto oscuro
Del corazón humano,
Tus ansias compadecce,
Y ya su sombra tutelar te ofrece.
La virtud brilla con su propia lumbré:
Ni como el vil deleite,
Bella se ostenta de mentido aceite,
Mientras con firme planta
De mortal gloria á la sublime cumbre
Modesta se adelanta,
La alcanza vencedora,
Y el vicio mismo á su pesar la adora.
Dios, el Dios que en su diestra omnipotente
La creación sustenta,
Con su soplo vivifico la alienta,
Y á su ángel dió el destino
De la justicia, que, doquier presente,
Con su escudo divino
La cubra, ante quien vano
Cae de los hombres el orgullo insano.
Ara es de Dios el corazón del bueno
De do al cielo, incesante,
La nube de su amor sube fragante.
La paz y la divina
Ferviente caridad, de gozos lleno,
A sus piés le avecina,
Y allí sacia ¡oh ventura!
Su ansia del bien cabe su fuente pura.
Con santa envidia su inefable suerte
Absortos consideran
Los serafines, que abrazarle esperan.
¡Y qué entónces la impia
Persecucion, la infamia, ni la muerte!
Nube que en medio el día
Al sol loca se opone,
Que en fugaz niebla á su fulgor traspone.
Las lágrimas que ansiado á veces llora
Son de la primavera
Grata lluvia, que esmalta la pradera
De mil galanas flores.
La piedad que su aljófar atesora,
Entre santos fervores
Por feudo las ofrece,
Y una mirada á su Señor merece.
Las torvas nubes que del bajo suelo
Se alzan, en toldo oscuro,
Viles á mancillar su lampo puro,
Entre el grito ominoso
De la maldad y su impotente anhelo,

Do arde de gloria la inexhausta lumbré.
¡Cesais, oh santos ángeles...! seguro
Ya por vos, no suspiro,
Y en manos del gran Sér mi suerte miro;
Mientras con pecho entero
La amarga copa del dolor apuro,
Y constante prefiero
La virtud indigente
Al vicio entre la púrpura fulgente,

ODA XXXIII.

LA CREACION, Ó LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

¡Dónde la mente en tus etéreas alas
Se encumbra, el viento impávida surcando,
Inspiracion divina!....
Ya las nubes hollando,
Al valle el monte excelso ante ella iguales,
Ya el sol contigo altísima domina.
A Urano, ese invisible
Lucero, y cuanto por la inmensa esfera
Arde sol claro al lente inaccesible,
Atras los deja en su fugaz carrera,
Hasta tocar los últimos confines
Del reino de la luz, donde velado
En majestad gloriosa,
Yace el Señor sentado
En trono de inflamados serafines.
Allí en gozo inefable asistir osa
Al solemne momento,
Cuando imperioso le intimó á la nada:
Acaba; y á su excelso mandamiento,
Esta máquina inmensa fué ordenada.
Ostentar quiso de su augusta mano
La infinita virtud, el inefable
Saber de su honda mente,
Y allá en su perdurable
Quietud contempla el tipo soberano
Del universo su bondad clemente,
¡Cuánto plan en un punto
Anhela su eleccion! Este prefiere
De su insondable amor feliz trasunto,
Do en larga vena derramarlo quiere.
Súbito en vuelo rápido se lleva
Sobre el abismo solitario, ansioso
De trazar obra tanta,
Y en torno el caos medroso
El muro eterno con su vista eleva
Fijo á la creación. La escuadra santa
De espíritus, que dichosa
Acata su deidad, enmudece
Atónita ante el trono y respetosa,
Cuando en potente voz Jehová decía:
Que la luz sea; y de arboles llena
Resplandeció la luz, saltó exhalada
De entre aquel yermo oscuro
Una llama dorada,
Que inundó en rauda trasparente vena
De la lóbrega noche el reino impuro.
Los gérmenes primeros
Por la fecunda voz á unirse empiezan,
Ciegos girando en vértices ligeros,
Que en su incesante vuelo se tropiezan.
Y alzándose entre etéreos resplandores
Un pabellon magnífico, suspenso
A la voz soberana
Por el ámbito inmenso,
Ornólo de vivísimos fulgores.
La esmeralda, el azul, el oro y grana,
Mezclados altamente,
Tejen sus ricos transparentes velos;
Y arde en vistosos fósforos lucientes
La infinidad, do rodarán los cielos.
Ya al feliz mando del Antor divino
La hermosa luz existe, noble muestra,
Espléndido portento
De su sagrada diestra,
Si material, de altísimo destino,
Pues las mansiones de inmortal contento
Orna, do El mismo mora.
Resuena en inefable melodía

Hacen que más lumbroso
Con las pruebas se torne
El lauro augusto que su frente adorne.
Muere en la paz que la virtud da sola:
Todo cabe él se adige;
Y el ledo al ángel que sus pasos rige,
Ve ya como á un hermano,
Presto á ceñirle la inmortal estola
Que el Dueño soberano
A los sayos prepara,
Y él en lid tanta triunfador ganará.
Los alcázares sueñan estrellados,
Y de oro los quiciales,
Abriéndose las puertas eternas
A recibir al justo;
Mientras un coro de espíritus alados
Trina el cántico augusto,
Con que á la compañía
Se aduna celestial desde aquel día.
Vén, vén feliz, tú, que del ciego mundo
Ya los grillos rompiste,
Y ángel al centro de tu sér volviste;
Tú, en quien halló un amigo
Siempre el oprimido en su gemir profundo,
El indigente abrigo,
Y, en su soledad cruda,
Padre el pupilo, amparo la viuda;
Tú, en quien ardió con llama inextinguible
La caridad suave,
Que amar y perdonar tan sólo sabe;
A par que la justicia
Contra el crimen tronar te vió inflexible,
De bronco la malicia,
La flaqueza indulgente,
Los hombres grato, la amistad ferviente;
Vén á coger, afortunado, el fruto
De tus largos sudores;
Vén á gozar las eternas flores
Que anhelo tu esperanza;
A dar vén el dulcísimo tributo
De inefable alabanza
Al que en su inmenso seno
Padre hoy te inclina, de ternura lleno.
Aquí todo es solaz, todo alegría,
Todo inmortal dulzura,
Todo consuelo y paz, todo ventura.
Eterno resplandece
Sin niebla y claro el sol, plácido el día,
Con rosas mil florece
Perennial primavera,
Sin fin bullendo en aura lisonjera.
Y sobre nubes de esplendor divino
El Señor asentado,
El himno entiendo de eternal agrado,
Que sus loores suena.
Vén, entra, llega á tan feliz destino;
Corre á la inmensa vena
Del río de la vida,
Y al mundo en su raudal por siempre olvida.
Luégo con cuanto un tiempo honrara el suelo
En sociedad amante,
De rosas y laurel la sien radiante,
Se estrecha venturoso,
Goza, y renace sin cesar su anhelo,
Y á gozar vuelve ansioso;
Ni mente humana llega
Al bien inmenso en que feliz se anega.
¡Y gemirás porque un espacio breve
Penes ora entre grillos,
Sandio anhelando los falaces brillos
De un mundo injusto y loco?
¡Tan poco ¡oh ciegos! la virtud te debe,
Y su esplendor tan poco!
¡O igual se te presenta
Al gozo eterno el que un instante cuenta?
No así, no así: tu lacerado pecho
Abre, ensancha á la rara
Suerte feliz que el cielo te prepara:
Que el premio solo sigue
Al que lidió y venció, y hollar derecho
La ardua senda consigue,
Que lleva hasta la cumbre,